

COPI

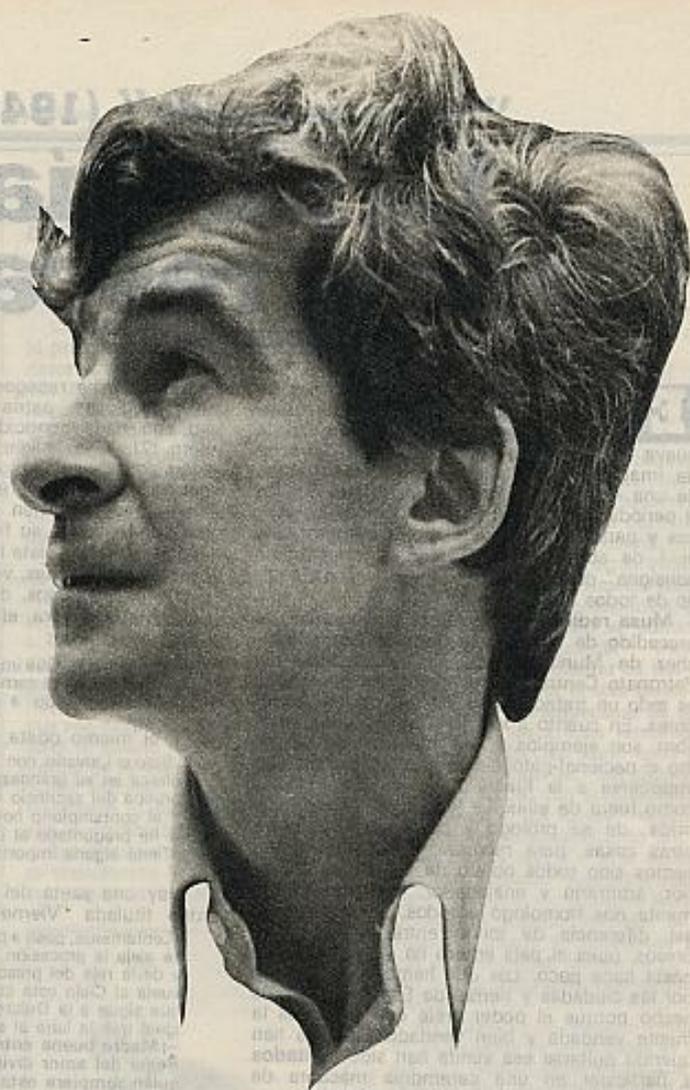
la imaginación a escena

Como sucede con Carlos Gardel, los argentinos sostienen que Copi es argentino, los uruguayos dicen que es uruguayo y los franceses atribuyen su fino humor y su sobriedad al hecho de ser francés. Ahora representa su monólogo —Loreta Strong— en un teatro de Barcelona, al mismo tiempo que la editorial Anagrama lanza su novela —El baile de las locas— y la revista Por Favor, desde hace un tiempo, publica semanalmente su famosa "señora sentada". Porque al igual que la Mafalda de Quino, la "señora sentada" de Copi, que naciera, pero de pie, en Tía Vicenta, una famosa revista argentina de humor, es una criatura entrañable, ocurrente, que el lector buscará todas las veces para regocijarse, en esa actitud cómplice de compartir con el autor los sobreentendidos. Y que TRIUNFO ofreció por primera vez en España.

CRISTINA PERI ROSSI



Copi es actor en su propia obra, "Loreta Strong": su personaje no tiene, pese a todo, nada de travestismo.



EN realidad, nací en Argentina. Pero me llevaron a Uruguay a los cinco años; por motivos diplomáticos, mi familia viajaba muy a menudo a Francia. No volví a Buenos Aires hasta los quince años, justamente cuando empecé a trabajar con Quino en "Tía Vicenta". Pero quería irme lo antes posible. Y me escapé a París.

Copi no quiere hablar de su familia, perteneciente a la oligarquía rioplatense. Prefiere conversar de teatro, su pasión máxima; de mitos, de literatura y de humor.

—En París, al principio, dibujaba en la calle. Y súbitamente, de un día para otro, empecé a trabajar para "Le Nouvel Observateur". Creo que en total he dibujado unas ocho mil veces a la mujer sentada. Trabajé muchísimos años para "Le Nouvel Observateur", pero es agotador. La vida de los dibujantes humoristas es muy difícil, porque hay que inventar el chiste diario, hay que divertir por obligación; uno termina dependiendo de su personaje. Se convierte en una obsesión. ¿Has observado que en general se trata de tipos que contraen grandes depresiones?

(Pienso en los humoristas que conozco: el tímido Quino, el melancólico Oski, y en los históricos creadores del humor: Jonathan Swift, irascible; Ambrose Bierce, insociable. Pienso en el silencioso Manolo Vázquez Montalbán y me pregunto si puede haber un humor que no sea grave, escéptico y risueño al mismo tiempo.)

Extremadamente delgado y con ojos oscuros, de esos que en periodismo suelen calificarse como penetrantes, Copi es muy conversador y pasa de un tema a otro con facilidad, ironizando suavemente, saltando, como los dedos sobre un teclado; algunas de sus frases concluyentes (en Argentina se perdió todo. En Uruguay, también. No queda nada ni nadie) suenan como desprovistas de angustia y de tragedia: son una comprobación fatal, de mal gusto e irremediable.

—En París estrené una obra que se llamaba "Evita". Era una parodia que funcionaba muy bien; imitaba su manera de hablar, de vestir, de peinarse. Tuve que suspender el espectáculo, porque mis padres, que viven en Argentina, fueron amenazados. Se llegaron a celebrar hasta misas de desagravio y Perón dijo

que me perdonaba la vida porque yo era homosexual. En Argentina, el poder ha sido cosa de mujeres. Perón fue sólo el príncipe consorte. Como la gran fama de Borges: la organizó un patriarcado, las damas de lujo de la cultura argentina.

Mientras actúa en Barcelona, en Italia se acaba de estrenar una de sus obras de teatro y Víctor García monta otra en Portugal; nuestra Loreta, la que podemos ver, ya se ha pasado por escenarios norteamericanos y franceses. Aunque Copi dibuja y escribe (ha publicado tres novelas), la actividad que más disfruta es la teatral.

—El lector es un personaje indiscifrable. El autor escribe para alguien que no conoce, que no puede ver, cuyas reacciones ignora. En el teatro se establece una comunicación mucho más directa; yo suelo modificar los textos según las reacciones del público. Yo estoy ahí y a pocos pasos están los espectadores, riéndose, o en silencio, pensando, escuchando. Es enriquecedor.

Loreta Strong

El escenario se encuentra extraordinariamente desprovisto. Al fondo hay una cortina de plástico, de pésimo gusto, ocre y turquesa. Frente al espectador, una nevera, una bola de queso, un abanico negro (enorme) y un ratón mecánico.

—Tengo mala memoria; por eso represento la obra con el manuscrito en la mano. Además, siempre introduzco modificaciones. No es el mismo texto en Nueva York que en París, ni tampoco el de Barcelona es igual a otro.

Durante más de una hora, Copi permanece en el escenario (es un decir: se mueve, se contonea, se sienta y se levanta de una silla de metal con rueditas, típicamente oficinesca). Está vestido con un traje característico de Manola, de grandes volados, entallado; por los frunces del vestido se preocupa mucho en hacer aparecer una rodilla y una pierna muy velluda, como luce su seno izquierdo y derecho, completamente liso, mientras se arregla aparatosamente los pliegues de los hombros o de la cintura. Pero esto no tiene nada de travestismo. Esto es representación, mimima, símbolo. Copi es Loreta como podría ser Hamlet o la Pantera Rosa. ¿A quién representa esta vez Copi?

Loreta se encuentra en una nave espacial, rumbo a la Vía Láctea, en pleno espacio interestelar. Está sola —al empezar el espectáculo ha dado muerte a su marido, simbolizado por la estatuilla de un torero típico—, se aburre, no sabe cómo funciona el mecanismo de conducción y traslada —hacia una zona ignota del espacio— una carga de oro que cultivará allí donde llegue: la tierra acaba de estallar. Otra

aislada sobreviviente, Linda, que también viaja en una nave, en la misma situación de Loreta, mata su aburrimiento llamándola constantemente por teléfono. El "Póngase, póngase, póngase", obsesivamente repetido por Linda o por Loreta, da la atmósfera del espectáculo, le confiere el ritmo, y las diferentes modulaciones de Copi —muy bien administradas— crean la tensión escénica. Únicas sobrevivientes en largo viaje hacia lo desconocido, Linda y Loreta conversan trivialmente sin olvidar las preocupaciones sagradas de la especie: comer y reproducirse. Para lo primero conservan los cadáveres de sus respectivos maridos en la nevera, y, para lo segundo, ahí está el ratoncito eficaz.

El texto juega continuamente con el absurdo y aunque hay diversos apuntes satíricos, la nota dominante es la búsqueda de un entretenimiento mordaz, pero no devastadoramente corrosivo. La misoginia larvada de la obra no llega a ser una tesis, como tampoco la zoofilia se transforma en alguna clase de discurso. Son, antes que nada, motivos de ironía, pautas para crear un personaje lleno de tics y de rasgos de humor.

Me parece muy difícil que el espectáculo funcione sin esa simpatía de raíces psicológicas no siempre racionalmente justificadas que a veces se establecen entre actor-espectador como entre autor-lector. Y también me

parece difícil que Copi no lo consiga, porque si bien está (a Dios gracias) muy lejos de ser un divo, tiene fuentes naturales de energía, encanto y sobriedad como para montar su espectáculo sin más apoyo que su extraordinaria capacidad de simulación. Su caricatura de Loreta bordea los lugares más comunes del género sin permitirse caer en ninguno. A pesar de aparecer vestido de Manola, esta caracterización no ha sido llevada a ningún extremo grotesco ni esperpéntico y —a mi entender— podría suprimirse sin menoscabo. La máscara facial de Copi —más de una hora de esmerado maquillaje personal— es mucho más importante que el atuendo. Ha evitado también la sátira más vulgar de la hembra de la araña, aunque su visión de la mujer no sea nada favorable: la apoya en su función conservadora, reproductora. Por otra parte, insisto: aunque hay muchos temas en el texto, Copi pasa por ellos casi con una despreocupada alegría, sin recargar nunca las tintas, ni tampoco —otro peligro— caer en el apunte "snob". Hay algo de superficial en el texto, es verdad, pero no olvidemos que Copi ha querido, fundamentalmente, dar una muestra nada ostentosa, humilde —entre amigos—, de las posibilidades de un actor, solo, en un escenario o espacio vacío. Que conserva, pese a su presencia, algo del despojamiento de sus tiras cómicas. El espectáculo contiene también una suave sátira a los sobreentendidos culturales, no sólo en la segunda y breve aparición de Copi —ahora como esquelético y famélico Tarzán recitando a media voz las Coplas a la Muerte de su Padre, de Manrique— sino en muchos fragmentos en que se burla del psicoanálisis, de la técnica, tanto como de la sexualidad o de la acumulación capitalista. Pero sin ahondar; como un vuelo de pájaro sobre nidos diferentes.

La falta de profundidad puede ser un síntoma de insensibilidad o de estrechez de pensamiento; en este caso, parece mucho más relacionada con una concepción graciosa, eminentemente lúdica, de la exhibición teatral, dando por descontado que todos sabemos que el mundo está próximo a estallar, y viajamos —como Loreta— en un cohete de trayectoria desconocida. Copi nos dice "Póngase, póngase" por lo menos para tener la ilusión de la comunicación. ■ Fotos: JORGE AMAT.

